

Campos Elíseos. A cada piedrecilla con que tropezaban las ruedas, el herido contenía una queja; Fargeau se mordía los labios para no jurar de rabia, y el doctor sostenía la pálida cabeza de León.

Al llegar al Arco del Triunfo, el cochero oyó decir en voz alta á dos albañiles que iban á su trabajo:

- ¡Chico, quién tuviera un coche como ese!
- ¡Ya lo creo!
- ¡Qué felices son los ricos!

VI.

Los movimientos del coche sacudían al señor Bruand, arrancándole sordas quejas. De cuando en cuando una sangrienta espuma acudía á sus labios, que el médico ó Fargeau enjugaban. El primero tenía cogida la mano de León y le tomaba el pulso. La fiebre iba aumentando.

—No hemos llegado más que á los *Campos Elíseos*—dijo el doctor—y si continuamos así, cualquier movimiento puede ser mortal. ¿No tiene el Conde por aquí algún amigo á cuya casa pueda ser transportado?

—Tiene un hotel que le pertenece.

—Sí, pero es el hotel que habita la señorita Antonia.

—No importa; lo primero es lo primero.

El coche se detuvo. Fargeau corrió á la verja y llamó.

Constanza salió á abrir.

—¡Pronto! ¡preparad una cama! ¡El señor se muere!

—¡El señor!

Entre el doctor y el cochero sostuvieron al Conde de Bruand y le llevaron como á un niño hacia la puerta del hotel. León se había desmayado.

Una multitud de gente se reunía á la puerta, y en el hotel todo eran gritos y confusión.

Antonia no estaba allí, pues desde por la mañana esperaba ansiosa el resultado del desaffio en casa de Terral.

Fueron precisos todos los cuidados del doctor y toda la actividad de Fargeau para que el Conde no muriese en la hora que siguió á su traslación. Le habían acostado en la cama de Antonieta, y su lívida cabeza caída sobre la almohada, sus ojos cerrados y su boca entreabierta le daban el aspecto de un cadáver.

Fargeau se golpeaba la frente, juraba, maldecía

y enviaba los criados á la botica, sirviendo él mismo de ayudante al cirujano y al médico. ¡Permanecía á la cabecera del herido sin acordarse de que no había comido en todo el día y eran ya las altas horas de la noche!

Al volver en sí el Conde de Bruand, fué la primera persona que vió. El herido le dió las gracias, le tendió la mano é iba á hablarle; pero Fargeau le hizo una seña y dijo sonriendo:

—¡Chist! ¡no abráis la boca! ¡luego!

La señora Labarbade iba de cuando en cuando á informarse del estado del enfermo; pero Antonia no parecía en cambio por allí, pues había pasado la noche fuera.

Cuando volvió al día siguiente y lo supo todo, dijo:

—¡Tiene gracia! ¿Y dónde voy á dormir yo? ¡Ya pueden tener seguridad de que no volveré á poner los pies en mi alcoba!

—¿Y por qué?

—Porque no quiero verle.

—Haces mal.

—Es posible.

—Después de todo—dijo la señora Labarbade—eres libre para hacer lo que quieras.

La herida era grave. La espada, atravesando el

pulmón derecho, había abierto la vena subclavia. Una línea más y la muerte hubiera sido instantánea. León había conocido en seguida la gravedad de su herida é hizo testamento. Dejaba toda su fortuna á parientes lejanos á quienes ni siquiera conocía. La señora Labarbade supo que el herido había pedido papel y tinta y había estado escribiendo algunas cartas en su lecho. Entonces había aplicado el ojo á la cerradura, sin poder ver por ella más que una mesa que habían aproximado al lado de la cama llena de papeles, y sobre la cual había una bujía.

La curiosidad era el flaco de la señora Labarbade, y en aquel momento hubiese dado un mes de vida por penetrar en la habitación del Conde: ya tenía la mano sobre el picaporte cuando oyó á sus espaldas el roce de un vestido de seda.

Era Antonia.

—¿Qué pasa?—dijo ésta.—¿Por qué estáis mirando por la cerradura?

—¡Ah! no sabes—dijo la señora Labarbade;—está haciendo testamento.

—¿Quién, el Conde?

—Sí, se está decidiendo tu suerte.

—Mi suerte. ¿Estás loca? El Conde debe estar furioso conmigo, y la verdad es que no le falta

razón..... Además, su fortuna me tiene sin cuidado..... Espero no carecer de nada con Terral.

—¿Con Terral?

—¡Oh!—dijo Antonia sorprendiendo un reproche en la mirada de su madrastra.—Todo lo que digas es inútil. Amo á ese hombre y seguiré con él.

—Pero ¿quién te impedirá que le ames, y por dónde has creído que yo quería aconsejarte otra cosa? Pero si fueras más lista, en lugar de irte á correr por ahí, cogerías una silla y te irías á sentar á la cabecera del Conde de Bruand. Esto no es muy alegre, es verdad; pero, créeme, no perderías el tiempo.

—Sí, por la herencia, ¿verdad?

—Sin duda. Hay que pensar en lo positivo. Además que aunque lo que te digo te costase mucho trabajo, debías sufrirlo con paciencia al pensar que no había de durar mucho tiempo.

—Que guarde su dinero si quiere—dijo Antonia;—no le pido nada, ni quiero verle..... ¡Cuando pienso que ha podido matar á Fernando.....! Afortunadamente, Dios ha sido justo..... Cuidale tú, ya que tanto te ocupas de esas pequeñeces..... Yo soy joven, tengo quien me quiera y no encuentro motivo para fatigarme en cuidar á quien no amo.

Y volviendo las espaldas, dijo sonriendo maliciosamente:

—¡Adiós!

La señora Labarbade oyó el roce de su vestido en las escaleras del hotel.

—¡Tontuela!—dijo en voz alta.—«¡Soy joven! ¡Soy joven!.....» ¡Sí, eres joven; pero no lo serás siempre!..... ¿Si creerá que la juventud ha sido inventada para ella sola?..... Véte, véte con tu Terral á comer pan y cebolla.

Y la señora Labarbade volvió á tomar su puesto de observación con un ojo pegado á la cerradura de la puerta.

El señor Bruand no escribía ya, y tenía sobre la mesa varios pliegos cerrados y sellados con la cre roja. ¡El testamento estaba allí! Esta vez la señora Labarbade no tuvo más paciencia. Quiso enterarse mejor, y abriendo la puerta entró muy despacio en la habitación, cruzando las manos é inclinando la cabeza sobre el hombro izquierdo en actitud dolorosa.

—¿Habéis llamado?—dijo cuando estuvo cerca del lecho.

—¿Yo?

—Sí..... He creído oír.....

—Pues no he llamado.

La señora Labarbade echó sobre los papeles una mirada oblicua. Quería leer; pero un pliego de papel echado á la casualidad cubría los sobres, y la señora Labarbade no podía ver ni señas ni nombre.

—¿Estáis peor?

—Al contrario—dijo León;—me encuentro mejor!

—¡Ah, gracias á Dios!..... Como el doctor decía.....

—¿El qué?

—Nada. Esos médicos son unos ignorantes. No son sus recetas las que curan, sino más bien los cuidados..... los cuidados inteligentes..... ¿Dónde está el árnica?..... Es necesario rociar de cuando en cuando—y agitaba el frasco violentamente.—Querría curaros yo misma. ¡Estoy segura de que curaríais más pronto!

—Gracias—dijo el Conde sonriendo un poco.

—¡Ah, las manos de una mujer!—continuó la señora Labarbade.—¡Las Hermanas de la Caridad!..... ¿No ha venido Antonia esta mañana?..... ¿ni ayer? Creo..... ¡Su puesto estaba á vuestro lado!

—¿Por qué?

—Porque..... después de lo que os debe.....

—No me debe nada.

—¿Qué queréis?..... no es agradecida..... ¡Ah, si me hubiesen amado como vos á ella!

—¿Quién os dice que yo la he amado?—dijo el Conde.

—¡Ah!.....

La señora Labarbade quedó un momento desconcertada.

—Después de todo—dijo—vuestra verdadera enfermera soy yo.....

—Ya sé que no me habéis dejado con frecuencia.

Ella creyó oír un reproche en estas palabras, pero no lo dejó conocer, y continuó con voz que procuraba dulcificar:

—¿No se ha desarreglado el vendaje?

—No. Todo está bien; gracias.

—Pero esta mesa os estorba—dijo ella desarreglando bruscamente las cartas, puestas unas sobre otras.

León, que sorprendió aquel movimiento, se enderezó ayudándose con sus manos y dijo con vivacidad:

—¡Dejad eso!

—Perdonad..... creí.....

Sólo había podido descubrir las señas de una

carta. *Al señor Paul Barré, oficial de marina.*
Aquel nombre no le indicaba nada.

—¿Queréis algún libro?—dijo la madrastra de Antonieta, haciendo ademán de retirarse.

León no respondió.

—Si necesitáis algo, no dejo ni un momento la casa, y en cuanto deis una voz.....

—Bien—dijo el Conde de Bruand.

Salió de la alcoba muy despacio, como había entrado, y en la puerta tropezó con Celestino Fargeau, que la saludó sin decir nada y se acercó á la cama de León.

Fargeau iba á menudo al hotel, y León le recibía á todas horas, hasta cuando estaba allí el médico.

El Conde de Bruand no tenía más rato de consuelo que cuando hablaba con su antiguo preceptor. Los antiguos amigos del club iban á preguntar por él de cuando en cuando: ahora que su compañero de placer se encontraba clavado en el lecho, no había gran cosa de común entre ellos. La vida agitada, la vida rápida y del placer los ocupaba por completo. Compadecían mucho al Conde, pero empezaban á olvidarle, y el pobre León sentía como la intuición de este olvido.

—No es la muerte—decía—sino la manera de

que muero lo que me abate..... ¡Triste fin para un gran señor como yo me lisonjeaba de ser! Caer bajo el florete de un aventurero y venir á parar á una alcoba donde *ella* ha recibido tal vez á ese hombre. Dichosos aquellos que acaban bien. Yo, lo confieso, termino mal.

Callóse un momento, y añadió luego:

—¡Ah! los sueños, las primeras sonrisas, los veinte años y una mujer, ¡la mía! ¡qué dicha!.....

Otra noche decía:

—He recibido el castigo por donde he pecado..... ¿Había yo nacido acaso para esta vida de maniquí parisién? Ya sabéis, mi querido Fargeau, que lo que yo necesitaba era un rincón donde soñar, un buen libro, un amigo, vos y ella.

Y al decir esto, las lágrimas inundaban sus ojos pensando en su mujer muerta.

—Mas ¡ay! no he tenido la fuerza de soportar la soledad, y muero sin producir bien alguno, después de haber vivido neciamente.

Mientras el Conde permanecía así, en el lecho, en el hotelito de los *Campos Eliseos*, Fernando Terral había puesto ya manos á la obra para sacar de su nueva situación todo lo que pudiera tener de *provechoso*. Tenía interés en que el acontecimiento hiciese todo el ruido posible. Había encon-

trado en la corriente de su vida parisién uno de esos periodistas *in partibus* que transmiten noticias á los periódicos de los departamentos y extranjeros. Matouchard, que así se llamaba, era un prodigio en su género. Era corresponsal de once periódicos de provincias, sin contar con otros belgas, alemanes y españoles, á quienes también remitía noticias. Matouchard había transformado su casa en sala de redacción, vigilando á sus redactores como un contraamaestre á sus marineros.

Fernando Terral, que no conocía á ningún periodista, se felicitó de que la casualidad le hubiese puesto en relación con Matouchard.

Se dirigió á su casa, que estaba en la calle de Geoffroy-Marie, y subió á un piso tercero, en cuya puerta se leía el nombre de Matouchard. Abrieron, y Terral entró en un recibimiento, lleno por todas partes de periódicos y libros.

Matouchard salió á recibirle sonriente y con un cigarro en la boca.

—A tiempo llegáis, señor Terral. De vos hablamos. Entrad, entrad, y recibid mi enhorabuena por vuestro famoso duelo.

Fernando pasó á la sala de redacción, donde una docena de escritores hambrientos, inclinados sobre pupitres ó mesas, escribían y fumaban.

—Sentaos, señor Terral—dijo Matouchard.

Al oír aquel nombre, todas las miradas quedaron fijas en Fernando, que permaneció impávido y se sentó.

—¿Habéis tenido noticias del Conde de Bruand—preguntó Matouchard.

—Sí; está mejor.

—Vamos, vamos, contadnos el lance, y vosotros poned oído, porque se trata de la primera noticia del día.

Fernando contó con todos sus detalles la ocurrencia de la víspera, atribuyéndose un papel á la vez romántico y digno.

—¡Bravo, bravo!—decía Matouchard.

Y sacó su reloj.

—El correo sale á las cinco, y son las tres. Daos prisa, Landrumeau, porque sois el que tiene que hacer el artículo.

—¿Para *L'Observateur de l'Aube*?

—Sí; mañana se lo enviaremos á los demás.

—Bueno—dijo Landrumeau.

Y se puso á trabajar con gran prisa.

Cuando Terral salió de esta *fábrica de noticias*, iba muy satisfecho al pensar que dentro de pocos días *todo París* se ocuparía de él. Entró en el café de *Orsay* y se sentó balanceándose en la silla, con

el brazo izquierdo apoyado en el respaldo, las piernas cruzadas y arrojando largas columnas de humo de su cigarro. Un viento fresco acariciaba dulcemente sus cabellos, y se sentía verdaderamente dichoso con la cabeza llena de proyectos y ambiciones que veía ahora tan cerca de realizarse.

De repente hizo un movimiento y se enderezó al apercibir á Celestino Fargeau, que venía hacia él con la cabeza baja. Fargeau miraba al suelo y no hubiera apercibido á Fernando; pero éste le llamó por su nombre y se levantó tendiéndole la mano.

—¿Cómo sigue el Conde de Bruand?—preguntó.

—¡Ah, sois vos!—dijo Celestino reconociéndole.—Os felicito—añadió con una sonrisa llena de amargura. ¡Habéis jugado bien la partida!

—¿Qué partida?—preguntó Terral.

—No disimuléis, y ya que estáis devorado por la ambición, sed franco.

—No os comprendo.

—¡Diantre! muy torpe estáis hoy. Habéis querido alcanzar fama, ser conocido, y el Conde de Bruand os ha servido de escalera. Ya estáis satisfecho. Ahora sólo os falta mostraros tan hábil como habéis sido audaz.

Estas palabras habían sido dichas con una severidad de tono que duplicaba su valor.

Terral, un poco pálido, le escuchaba retorciéndose el bigote.

—No creí—dijo—encontrar en vos un juez.

—¿Y por qué no lo creísteis?

—No sé por qué, pero.....—respondió Terral mirándole de arriba abajo.

—¡Ah! sí, porque llevo un sombrero usado y pantalones que se *rien*. ¿Necesitáis moralistas de chaleco blanco?..... Escuchad, es muy probable que no volvamos á hablarnos jamás, pues cuando os vea venir por una acera me marcharé por la otra; pero quiero deciros que no cambiaría estos miserables zapatos que véis, y que no deben nada á nadie, por las relucientes botas que lleváis, cuyo charol está manchado de sangre.

—¡Ah!—exclamó Terral.

E hizo un movimiento para arrojarse sobre Fargeau, que le miraba con dureza; pero se contuvo y dijo con una frialdad que desmentía el temblor de su voz:

—No habéis respondido á mi pregunta. Os he pedido noticias del Conde de Bruand.

—El Conde Bruand ha muerto—dijo Fargeau.

Terral bajó la cabeza. Dejó escapar un ¡ah! y retrocedió un paso, mientras que Celestino proseguía su marcha.

De repente Fernando corrió hacia él y le llamó.
—¡Otra vez!—dijo Fargeau.—¿Qué me queréis?

Terral le tendió la mano. Fargeau miró aquella mano con indiferencia y fijó sus ojos en los de Terral como para interrogarle.

—Olvidemos—dijo Terral lentamente.

Fargeau levantó la cabeza con expresión de altanero desprecio.

—¡Olvidad!—dijo Fernando dando á su voz una entonación más humilde.

Fargeau se encogió de hombros.

—¡Bien!—dijo.

—Entonces, dadme vuestra mano.

—¡Oh, oh! eso es otra cosa. Os concedo el olvido, porque después de todo no soy ningún inquisidor; pero la mano..... Mirad, vais á encontrar ahora muchos aduladores, á recibir los cumplimientos de los envidiosos y la admiración de los necios: esto se encuentra en cualquier parte; pero la presión de manos de un hombre honrado, esa, señor Terral, hay que ganarla, hay que merecerla.

Y se alejó, dejando al joven petrificado y preguntándose si había oído bien. ¡Despreciado por aquel hombre! ¡El bohemio rechaba al aventurero!

Fernando sintió rabia al principio; pero luego

pensó que nada le importaba el sufrimiento de aquel Diógenes del *café Athalie*.

Se sentó y de nuevo se puso á reflexionar.

¡El Conde de Bruand había muerto! Esta idea no dejaba de conmoverle un poco. ¡Muerto!

—¡Bah!—se dijo;—¿no he expuesto nobilmente mi vida contra la suya? Era cuestión de suerte, y si he ganado, mejor para mí.

Después pensó que la justicia iba á mezclarse en el asunto, que iban á detenerle y que tendría que pasar por los tribunales antes de entrar con la frente levantada en la sociedad parisién. Seguramente le absolverían; pero la prisión preventiva era mala cosa, pues la instrucción de la causa podía durar mucho tiempo.

—Pues bien—dijo—me iré á Bruselas y estaré allí hasta el día en que se reuna el Jurado.

Pero para marcharse necesitaba dinero, y aun cuando podría reunir para el viaje, no le quedaría nada para poder vivir allí. Volvió á su casa atormentado por estos pensamientos, y se encontró en ella á Antonia.

—¿No sabes lo que sucede?—le dijo.

—Sí, el Conde de Bruand ha muerto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Fargeau.

—¡Dichoso Fargeau!.... pero, dime Fernando, ¿no podrán hacerte nada por haber muerto á causa de la herida?.... Tengo miedo....

—Me juzgarán—dijo Terral.

—¿Los jueces?.... ¡Dios mío! ¿Te condenarán, Fernando?

—No tengas cuidado.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó la joven al cabo de un momento.

—¡Ah, si tuviese dinero!—dijo Terral como hablando consigo mismo.

—¿Necesitas dinero para salvarte?

—Sí.

—¡Lo tendrás!

—¿Piensas dármele tu? No puedo aceptarle.

—¿Y por qué?—preguntó Antonia muy asombrada.—Quiero salvarte, ¿entiendes? Dime cuánto necesitas.

—Nada.

—¿Cuánto tienes aquí?

Y diciendo esto le sacaba el portamonedas del bolsillo.

—¿Adónde quieres ir con esto? ¿á Bélgica?

—Sí, parto esta noche.

—Pero una vez allí vas á morirte de hambre. Dime, Fernando, ¿es verdad que me amas?

—¡Que si te amo!—dijo el joven verdaderamente conmovido por la suplicante sonrisa de la joven.

Y la besó con frenesí.

—Si te traigo esta noche algún dinero, ¿le tomarás? ¿dí?.... Acepta. ¿No somos amigos para siempre? Mira, estarás poco tiempo en Bruselas.... volverás.... y si no, yo iré á buscarte.... Tomarás el dinero ¿eh?.... Te lo suplico.

—Pues bien, sí—dijo Terral—le tomaré. Antes de un mes será la vista, y en seguida volveré para consagrarme á tí por completo y para que ya jamás nos separemos.

Antonia salió de casa de Terral loca de alegría. Hasta entonces aquel hombre la había dominado demostrándola en su amor la superioridad y el desdén; ¡pero ahora era ella quien le protegía! La hija de Eva triunfaba extendiendo su mano protectora sobre aquella frente altiva.

La joven llegó alegre y gozosa al hotelito de los *Campos Eliseos*, en una de cuyas habitaciones estaba el Conde de Bruand entre cuatro cirios durmiendo su último sueño.

Todo el hotel estaba en desorden. La señora Labarbadé iba y venía registrando los armarios y apoderándose de cuanto podía. Los criados, sor-

prendidos, murmuraban, pero no se atrevían á oponerse á aquella *invasión*.

Al ver á Antonia, la llamó y la dijo en voz baja que Fargeau se había llevado el testamento á casa del notario y que su lectura se verificaría al día siguiente, después de los funerales, en casa del Conde de Bruand.

—¿Qué me importa á mí el testamento?—dijo Antonia subiendo á su cuarto.

La joven no tenía dinero, pero tenía brillantes, de los cuales dependía la salvación de Terral.

En el momento de entrar en su habitación se detuvo, recordando que estaba allí el cadáver del Conde.

Vaciló y palideció un poco ante aquella puerta; pero por fin la empujó bruscamente y por un instante se sintió sofocada por el olor á cera derretida.

Las cortinas de los balcones, completamente corridas, no dejaban penetrar la luz del día, y en el fondo, sobre un lecho cuyas ropas parecían de mármol, entre cuatro cirios encendidos, estaba el cadáver del Conde de Bruand.

Antonia no se atrevió á mirar, y se dirigió con la cabeza vuelta hacia el secreter en que tenía encerrados sus brillantes. ¡Los brillantes que aquel

muerto que estaba allí le había dado en otro tiempo!

Antonia sintió miedo. Un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo. Creyó oír ruido á sus espaldas y se detuvo..... Nada. Entonces abrió precipitadamente el mueblecito, cogió tres ó cuatro estuches, y le volvió á cerrar. Tenía prisa para salir, y sin embargo, un secreto instinto la impulsaba á contemplar el cadáver del Conde de Bruand.

Se detuvo y miró.

Con los ojos abiertos, fijos y vidriosos, los cabellos cayendo lacios sobre la almohada y la boca contraída por la agonía, el aspecto de aquel cadáver daba miedo.

Antonia lanzó un grito y haciendo un esfuerzo salió de aquella estancia en que parecía retenida por una fuerza invisible.

En la escalera tropezó con dos hombres que subían. Eran Celestino Fargeau, y Gontran de Rives, que había venido de Baden expresamente para pasar la última noche al lado de su amigo.

La joven tomó un coche y se hizo conducir á Monte de Piedad. Allí pidió cinco mil francos sobre sus brillantes.

Fernando Terral tomó sólo la mitad de esta suma y partió aquella misma noche.

Antonia quería romper su contrata con el teatro de la Zarzuela y acompañarle, pero él se lo impidió.

Mientras que un vapor llevaba á Fernando Terral hacia Bruselas, Antonia salía á escena con un precioso traje de aldeana bretona, dirigiendo sonrisas á todas partes.

Precisamente á aquella misma hora Fargeau y Gontran de Rives, sentados el uno al lado del otro, empezaban la velada fúnebre. Fargeau había visto morir la noche antes al Conde de Bruand y estaba rendido por la fatiga. Poco á poco se fué quedando dormido, mientras que Gontran contemplaba á la luz de los cirios aquel rostro lívido que había sonreído y aquella boca helada que había amado. Gontran no era un Hamlet, pero el recuerdo de otras veladas pasadas alegremente, en las que siendo León el rey del festín parecía desafiar al porvenir, le impresionó profundamente al contemplar aquellos lívidos despojos. ¡Y sin embargo, sólo hacía un mes de todo esto! ¡Y las mismas risas sonaban en los mismos sitios y á las mismas horas, los mismos salones se iluminaban, y las mismas mujeres se engalanaban para otros!..... Olvidaban al que partía, como se olvida en una batalla al que cae. ¡Estrechad las filas! Y las filas se estrecha-

ban, y la marcha seguía, y el cadáver quedaba allá abajo abandonado, sin un recuerdo. ¡Qué larga pareció la noche á Gontran de Rives! Por fin llegó el día y apareció la aurora, aquella aurora que tantas veces había sorprendido al joven sentado aún en la mesa de orgía..... Gontran sintió un estremecimiento, y al encontrarse solo, sacudió el brazo de Fargeau para despertarle.

—Ya es de día—dijo.

—¡Aah!

Fargeau miró el cadáver del Conde de Bruand y movió la cabeza.

—Por un momento—dijo—he creído que todo había sido un sueño.

—¡Qué amargo habrá sido vuestro despertar!.... ¡Pobre amigo León!

Los periódicos insertaron aquella noche las siguientes líneas en la columna de *Hechos diversos*:

«Hoy han tenido lugar en presencia de algunos amigos los funerales del señor Conde de Bruand. Más digno tal vez de compasión que la víctima, el vencedor de este duelo, señor Terral, se ha refugiado en Bruselas, donde esperará el fin de la instrucción del proceso. Se dice que este asunto se verá ante los tribunales á fines del mes próximo.»

París estaba vivamente preocupado con aquel duelo; después, con el tiempo se olvidó y no volvió á recordarle hasta que los periódicos anunciaron que tendría lugar la vista. Terral se constituyó en seguida prisionero. Su actitud fué muy simpática al auditorio, á los periodistas que comentaron sus contestaciones, y sobre todo á las mujeres. Antonia asistió á la vista con un precioso traje que llamó la atención general. El Jurado absolvió á Fernando Terral por unanimidad. Celestino Fargeau se había mostrado sumamente benévolo para Terral en su declaración; pero al salir de la audiencia tropezó con él y le lanzó una mirada irónica que no estaba exenta de amenazas, á pesar de haber prometido olvidar. Al ver aquella mirada, Terral se encogió de hombros. ¿Qué le importaba de nada, si ya era libre, conocido y casi ilustre?

Aquella misma noche se presentó en el teatro con Antonia, y toda la atención de la sala fué para él.

—¡Te amo!—le dijo la hermosa joven, llena de orgullo al presenciar la gloria de su amante.

Antonia tuvo que abandonar el hotelito de los Campos Elíseos. El Conde de Bruand dejaba lo que le quedaba de su fortuna (bastante mermada) á Paul Barré, su amigo de la infancia y lejano pariente;

una renta vitalicia á su criado Juan, y sus objetos de arte mandaba fuesen repartidos entre sus camaradas, dejando la mayor parte á su amigo Gontran de Rives. El Conde había borrado á última hora un párrafo concerniente á Celestino Fargeau.

Fargeau mismo le había obligado á ello al conocer sus intenciones.

—No necesito nada—había dicho—y os prohibo que me pongáis al igual de un cuervo que acude á alimentarse con los despojos de los muertos.

Sólo había consentido en aceptar algunos libros que el Conde le había entregado antes de morir.

La señora Labarbade, en un principio indignada y furiosa al ver escaparse la herencia, se fué calmando poco á poco, y sólo pensó en poner *en orden* la nueva habitación de *su querida Antonieta*.

Antonia, contando con el porvenir y con lo imprevisto, había alquilado una lujosa habitación en la calle de Saint-Georges y no había querido cambiar en nada su género de vida. La señora Labarbade escogió entre las alhajas las que se debían empeñar para sufragar los primeros gastos de instalación.

Pero no se encargó la madrastra de Antonieta de esta comisión sin separar una *ligera* cantidad, pues se la vió por aquel tiempo ir con frecuencia

á casa de un agente de cambio, logrando coleccionar grandes pedazos de papel amarillo que no eran sino acciones de ferrocarriles. Antonia ignoraba esto, y aunque lo hubiese sabido, no hubiese hecho caso. La señora Labarbade trataba á veces de darla consejos, y en particular de alejarla de Fernando Terral, que continuaba ocupando por completo la imaginación de la joven; pero Antonia acogía sus observaciones de tal manera, que su madrastra quedaba escarmentada por algún tiempo para volver á hacerlas.

La joven quiso al principio que Fernando viviese con ella, pero él se negó. Quería ser libre y dejar libre á su querida. Terral había á su vez abandonado su antigua casa y habitaba ahora un precioso entresuelo, amueblado á la antigua, en el boulevard *des Italiens*. Nada en su nueva casa estaba pagado; pero Terral tenía ahora crédito y vivía de él. Se dedicaba á jugar á la Bolsa, y sus operaciones eran muy afortunadas.

Desde los primeros días de la instalación de Antonia, Fernando se quejó de la presencia del joven Adolfo, que según crecía se iba haciendo más insoportable. Aconsejó á Antonia que le pusiera en un colegio, y esto produjo un escándalo en la casa. La señora Labarbade echaba fuego por

los ojos; pero Antonieta, á quien su hermano incomodaba también, fué inflexible, y su madrastra comprendió que no tenía más remedio que ceder ó marcharse. Por fin la prudencia le aconsejó que cediera, y un día el joven Adolfo, muy compungido, se encaminó á un colegio, acompañado de su madre, que le había atestado los bolsillos de golosinas.

Cuando la señora Labarbade volvía de dejar á su hijo en el colegio, enjugando sus ojos enrojecidos con un pañuelo de batista perteneciente á Antonia, decía para consolarse y como si hablase con su hijo:

—No temas, Adolfo, que tu madre vela por tí, y ya llegará un día en que puedas burlarte de esa hermana que te encierra ahora sin compasión. Ya te llegará tu vez, querido mío.

Antonia se sentía ahora verdaderamente dichosa. Se colgaba del brazo de Fernando con singular orgullo y caminaba á pie por los boulevares, gozándose con las curiosas miradas que los transeúntes dirigían al vencedor del Conde de Bruand. La joven maldecía el teatro, que la separaba de su amante á ciertas horas, y hubiese deseado que éste fuese actor, para que les reuniese el oficio como lo hacía el amor; pero este amor, que parecía

más ardiente que nunca, iba cambiando de fase. La joven se figuraba amar á Terral más que nunca, y en realidad le amaba menos. Sólo sentía acariciados su orgullo y su amor propio cuando oía murmurar algún elogio de Fernando; pero ya no era aquel sentimiento de sacrificio que dos meses antes la hubiese llevado á venderlo, á perderlo y á sacrificarlo todo por él.

Pasados los primeros momentos de embriaguez, y cuando se acostumbró á exhibirse del brazo de Fernando, empezó á desear otra cosa, otros placeres y otras emociones.

Un día se confesó que se aburría.

Quiso sacudir este aburrimiento y acudió á todas las fiestas y á todos los placeres en compañía de Fernando.

El dinero que Terral ganaba en la Bolsa por la mañana, se gastaba por la noche; pero él no se inquietaba, confiando más que nunca en su buena suerte.

VII.

Fernando Terral hubiese elevado con gusto en su casa, no un altar á dioses desconocidos, sino una estatua á la *Audacia*. ¡La debía tanto! Había

logrado sus fines. La fortuna le sonreía. Se hablaba de su golpe de vista en negocios y de su suerte en amores, en las escaleras de la Bolsa.

Subía Fernando una mañana hacia los *Campos Eliseos* fumando un hermoso cigarro, cuando vió en una de las alamedas, andando lentamente y con la cabeza baja, á Carlos Bourdenois, de quien no había vuelto á saber desde el día en que cambiaron sus mutuas confianzas. Bourdenois no le había visto, pues parecía absorto en sus pensamientos y estaba muy pálido y como fatigado. Terral tardó un momento en reconocerle, dirigiéndose luego hacia él, tanto para hablar con un compañero de la infancia, como para lucir su triunfo ante un amigo.

—¡Bourdenois!—dijo cuando estuvo á pocos pasos del pintor.

El interpelado levantó la cabeza, y al ver á Terral no pudo contener una triste sonrisa.

—¡Cuánto me alegro encontrarte!—dijo Fernando.—¿Cómo no has ido á verme?

—¿Yo?—dijo Bourdenois;—no sabía....

Parecía muy confundido.

El contraste era grande entre la actitud altiva y el elegante traje de Terral y el usado paletó y pantalones con rodilleras del pobre Bourdenois.